

Hermanas de la Caridad, que van con su corneta blanca sembrando por todas partes el bien y la virtud, en sus colegios, en sus talleres, en los orfanatos, en las cárceles, en los hospitales, dondequiera que es necesario educar a un niño, consolar a un desdichado o curar a un enfermo.

Y lo que en Bogotá ocurre pasa igualmente en todas las principales ciudades de la República, de manera que la obra de la beneficencia privada, inspirada y sostenida por la Iglesia, obra de caridad y de apostolado, es simultánea, portentosa, armónica y redentora en todos los ámbitos de la Patria (1).

Es que las sociedades, hoy tan profundamente perturbadas, no recobrarán su equilibrio ni asegurarán su bienestar y su engrandecimiento sino cuando en las instituciones de los pueblos y en las relaciones de los hombres prevalezcan las enseñanzas del Evangelio, predicadas por Dios mismo para todas las naciones y para todos los tiempos.

La Iglesia, dentro de la intangibilidad del dogma, ha sabido siempre atemperarse a las circunstancias,

---

(1) En todas las grandes ciudades, la miseria y el pauperismo existen en forma aguda. Así, en Londres, en una sola noche, en la del 29 al 30 de enero, la Comisión de Higiene de aquella gran capital pudo comprobar que hubo 1,509 hombres y 120 mujeres que recorrieron las calles hasta el amanecer, porque no pudieron encontrar ningún abrigo; 100 hombres y 63 mujeres que durmieron debajo de los portales, y entre los últimos, 54 jóvenes y 38 niñas menores de catorce años. Según un reciente informe del Concejo Municipal de París, en diez años fueron detenidos allí 18,000 niños vagabundos menores de diez y seis años, y en las provincias el número ascendió a 40,000 muchachos de aquella clase. En París cosa de 8,000 individuos duermen, todas las noches, en las canteras o debajo de las arcadas de los puentes.